

La presencia de la Iglesia

El estilo de Jesús cerca del “alienado”

P. Silvio Marinelli Zucalli

Dejemonos provocar por una página evangélica muy intensa, escrita por el evangelista Marcos, en la que Jesús encuentra, sana y libera a un hombre (la encontramos en la ventana).

Si leemos esta página con ojos penetrantes y con el deseo de hallar un mensaje, la narración nos revela finuras impensables y ricas de intuiciones teológicas.

Llega Jesús a la tierra de los paganos, es decir a un lugar de diálogo difícil, minado por incomprendimientos recíprocos. En esta situación – como en parecidas donde no es fácil entenderse y acogerse – se coloca el suceso de un hombre raro y agresivo, que no encuentra cabida en medio de los demás.

Tal vez esconde este hombre mucho miedo detrás de su agresividad que, de hecho, dirige sólo contra sí mismo, provocándose dolor y heridas con las piedras. Hay un miedo todavía más fuerte en quienes lo han aislado, desconcertados por un espectáculo inquietante. Ni siquiera las cadenas contienen la furia que alberga en sí; el único lugar que puede ocupar es el cementerio, el rincón de la ciudad deshabitado y siniestro que a todos habla de muerte.

Es suficiente que vea de lejos a Jesús, para que se despierte en él un deseo, nunca completamente sedado, de dirigirse hacia alguien, desahogando con ímpetu sobre otra persona el drama de los muchos espíritus inmundos que habitan su interioridad. En la narración llaman la atención los esfuerzos que el hombre hace para ir al encuentro con Jesús y hablarle, a pesar que sus palabras resuenan sólo como una amenaza. No es difícil pensar en las muchas personas con trastornos mentales que formulan de una manera muy torpe sus necesidades de afecto y cercanía que resultan agresivos a los ojos de los demás.

Pero no se deja engañar Jesús por su modo de actuar: la sociedad puso al lado a aquel hombre y él camina ante todo hacia quienes la sociedad ha marginado y rechazado. Para que una persona tan lacerada pueda salir de su aislamiento y vivir un auténtico encuentro de liberación, es necesario que alguien con valor desembarque y ponga su pie en el reino de los muertos para volver a dar vida.

El miedo no paraliza a Jesús. También a nosotros se dirige la invitación a convivir con nuestros miedos del prójimo y superar nuestros prejuicios que engendran sólo temores injustificados.

Va Jesús hacia el hombre que la colectividad ha aislado entre los sepulcros. También a nosotros se nos pide movernos hacia quienes en nuestras ciudades y en nuestro corazón no tienen cabida, sin esperar que sean ellos, tal vez presos de una rabia ya inextinguible, quines lleguen a tocar a nuestra puerta.

Actúa Jesús con rapidez, mandando al espíritu inmundo de dejar a aquel hombre. La rapidez de la acción puede producir acciones enfocadas y eficaces para aliviar el sufrimiento de los enfermos mentales.

Pregunta Jesús por el “nombre”, porque no nos acercamos a una diversidad o a un caso clínico entre muchos, sino a una persona singular que se quiere encontrar en su singularidad. Nuestro encuentro con los enfermos mentales debe de sustanciarse de

diálogos personales, atentos, vividos sin prisa, sostenidos por el deseo de comprender y compartir y respetuosos del otro también en sus silencios.

Libera Jesús del mal y sólo él puede hacerlo. A nuestras comunidades les toca la tarea de favorecer el encuentro personal con el Señor que libera y salva.

El hombre de Gerasa, persona enferma y poseída, responde con la voz de los muchos espíritus inmundos que lo enredan: “Mi nombre es legión, porque somos muchos”; él revela la angustia de su disgregación interior, de las muchas facetas que han tomado en él una dramática autonomía, propia del ser humano afectado por una psicosis.

La sanación profunda del hombre pide un precio a la misma sociedad que no supo acogerlo. No se trata de venganza. La curación es un hecho que involucra a todos, que crea un alboroto “saludable” en muchas personas de la ciudad. Se trata de un desafío que pone Jesús a la gente; por un lado él sana al pobre hombre y libera la ciudad de un problema hasta entonces insoluble y peligroso; por otro lado pide en cambio el sacrificio de los dos mil puercos que indudablemente representaban un valor económico importante para muchas familias. El mensaje es preciso: para Jesús la persona humana vale más que todos los bienes de este mundo. Echan fuera de la ciudad a Jesús por haberlos desafiado. La recuperación de una persona es para Jesús más importante que la riqueza de toda la ciudad: se trata de la primacía de la persona humana respecto a cualquier otro interés y valor. Los bienes materiales no son nada respecto a la perspectiva de salvar a un hombre de su mal. ¿Cuántos, entre las familias, la comunidad civil y también eclesial, estamos hoy dispuestos a acoger este reto, eligiendo el bien de la persona que sufre respecto a cualquier otro bien material o social? Aquí está un mensaje ciertamente decisivo de la fe cristiana: ¿Qué le vale al hombre, a una familia, a una comunidad, ganar todo el mundo si pierde a uno de sus miembros, lo deja abandonado a sí mismo, lo margina, lo considera irrecuperable y no suficientemente importante para dedicarle energías, recursos económicos, tiempo para favorecer la sanación y su reinserción en la vida social? ¿La vida de un hombre no vale más que los bienes económicos, la misma casa, cada aspecto material?

VENTANA

Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los Gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía ya tenerle atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver de lejos a Jesús, corrió y se postró ante él y gritó con fuerte voz: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes». Es que él le había dicho: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». Le contesta: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos». Y le suplicaba con insistencia que no los echara fuera de la región. Había allí una gran piara de puercos que pacían al pie del monte; y le suplicaron: «Envíanos a los puercos para que entremos en ellos». Y se lo permitió. Entonces los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos, y la piara - unos dos mil - se arrojó al mar de lo alto del precipicio y se fueron ahogando en el mar. Los porqueros huyeron y lo contaron por la ciudad y por las aldeas; y salió la gente a ver qué era lo que había ocurrido. Llegan junto a Jesús y observan al endemoniado, al que había tenido la Legión, sentado,

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 08 (2004)

vestido y en su sano juicio, y se llenaron de temor. Los que lo habían visto les contaron lo ocurrido al endemoniado y lo de los puercos. Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su territorio. Y al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía estar con él. Pero no se lo concedió, sino que le dijo: «Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti». Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho con él, y todos quedaban maravillados.